
Enciclopedia mínima de Arqueología General y de Venezuela

Rafael Gassón¹

Resumen

En este ensayo reflexiono muy brevemente sobre una serie de conceptos elementales relativos a teoría, métodos, ciencia, humanidades y filosofía en arqueología. Estas consideraciones son personales, y sólo pretenden reflejar mis puntos de vista sobre algunos problemas relativos a la práctica de la arqueología profesional en Venezuela en este momento. De manera general, observo una creciente diversificación de la profesión que aunque ha servido para ampliar los intereses y perspectivas teóricas y prácticas, también ha contribuido al creciente estado de división e incomunicación entre los arqueólogos profesionales venezolanos. En mi opinión esto es una limitación para el avance de la arqueología en nuestro país. Una posición más comparativa y crítica en la enseñanza tal vez produzca a futuro colegas más abiertos y críticos hacia otras perspectivas teóricas.

Palabras clave: arqueología, artefacto, cambio sociocultural, ciencia, humanismo, filosofía, relativismo, patrimonio.

Abstract

In this essay I present some brief reflections on a series of basic concepts related to theory, methods, science, humanities, and philosophy in archaeology. These considerations are personal, and only pretend to show my own points of view in relation to some contemporary problems in the professional practice of archaeology in Venezuela. In general, I observe a growing diversification of the discipline that, although useful to increase the interests and perspectives in both theory and practice, it has contributed also to the growing isolation and division among the Venezuelan professional archaeologists. In my opinion this is a limitation to the advance of archaeology in our country. A more comparative and critic vision of the teaching of archaeology may produce in the future colleagues with a more open and critic position towards other theoretical perspectives.

Key words: archaeology, artifact, sociocultural change, science, humanism, philosophy, relativism, heritage.

A manera de Introducción

Agradezco la gentil invitación de mis colegas para compartir algunas reflexiones sobre lo que pienso que es hacer arqueología. Si tienen algún valor, éste es más testimonial que axiológico, ya que aunque no tengo muchas cosas nuevas que decir, tal vez reflejen algunos de los problemas y dilemas relativos a la enseñanza y la práctica de la profesión en Venezuela en los últimos años,

¹ Centro de Antropología. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.

con referencia sobre todo a lo que ha pasado entre 1998 y 2010, el período en que he estado trabajando como investigador y docente en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Por esto, contra la costumbre de hablar en tercera persona, utilizaré la primera persona del singular, pues deseo destacar que buena parte de lo que sigue son opiniones que pueden ser compartidas o no por los lectores.

Arqueología

La arqueología solía ser una ciencia unificada que estudiaba ciertos problemas clásicos, como el origen de los seres humanos, la producción de alimentos, la vida sedentaria, la desigualdad social y el Estado, bajo la premisa de que es fundamental entender estos procesos para comprender cómo surgió nuestra forma de vida. Sin embargo, en la actualidad parece más cercano a los hechos definir la arqueología como un conjunto de programas de investigación que sólo tienen en común un interés por el pasado. La arqueología ya no puede definirse simplemente como la disciplina que estudia las sociedades distantes en el tiempo, como la etnografía ya no es sólo el estudio de las sociedades distantes en el espacio (en el sentido de Talcott Parsons, quien estableció la división clásica de las ciencias sociales en los Estados Unidos). Definir la arqueología como un conjunto de programas, más que como una disciplina unificada, no parece una definición muy satisfactoria, pero refleja la situación presente, caracterizada por el cambio y multiplicidad de los valores sociales y culturales de sus practicantes, lo que incluye por supuesto sus posiciones académicas y teóricas. Las teorías de la observación o de rango medio también son particulares a posiciones teóricas y subdisciplinas específicas, razón por la cual tampoco podemos apostar por ellas como el factor unificador de la disciplina (piensen en los variados conocimientos y habilidades que requiere la arqueología forense, o la militar, o la subacuática, o la de la modernidad, o la gestión del patrimonio arqueológico; todo esto requiere condiciones mentales e incluso físicas diferentes). En lo particular, entiendo la arqueología como una ciencia social que estudia el cambio sociocultural a largo plazo, y que para esto analiza el registro arqueológico como un medio para acceder al comportamiento de las sociedades humanas antiguas. Simple y tradicional, pero aún necesario: tenemos demasiadas personas analizando representaciones, historiando la profesión, estudiando objetos, criticando a Occidente, deconstruyendo ideologías, protegiendo patrimonios y muchas otras cosas que son buenas para hacer *junto* (y gracias) a la arqueología de campo, pero que no parecen tan buenas cuando se hacen *en vez* de la arqueología de campo. No deseo reificar la arqueología de campo ni tampoco despreciar las otras actividades típicas de la profesión, pero si quiero recordar (aunque sea a mí mismo) que la generación de conocimiento nuevo sobre el pasado a través de la puesta a prueba de nuestras ideas sobre el pasado y la obtención de nuevos datos arqueológicos son objetivos fundamentales de la disciplina.

Arqueología (amor y crítica en la)

¿La creciente división y fragmentación que enfrenta la arqueología en general y la arqueología de Venezuela en particular es un problema, o más bien un signo de la vitalidad y crecimiento de la profesión? No lo sé. Cada cual debe escoger sus propias ideas y la forma de relacionarse con ellas. Algunos entablan una relación amorosa con sus ideas, y mantienen, como con sus parejas, largos noviazgos o se casan para siempre con ellas. A otros les gusta una idea más abierta del amor, y revolotean entre distintas ideas y parejas. A otros les preocupa el amor, como a algunos les preocupa cómo y por qué comprometerse con ciertas ideas. Como dice el poeta Jaime Sabines, se ríen de las gentes que lo saben todo, que aman a perpetuidad, verídicamente.² Debo decir que he podido definir algunas cosas sobre el pasado de Venezuela al preocuparme, al reflexionar sobre mis ideas, en vez de enamorarme de ellas. Como todos los enamorados bisoños saben, el enamoramiento elimina casi toda posibilidad de crítica. No quiero decir con esto que critico constantemente mis ideas; el amor es un diálogo, no es ni adoración ni pugna constante. También admito que a veces no he tomado mis ideas demasiado en serio, y reírme de ellas y de mi ha sido muy útil. Pero eso ya es asunto de como cada quien afronta sus relaciones.

Artefacto

No estoy interesado particularmente en el estudio de artefactos. Entiendo que para muchos proyectos y programas de investigación esta es una labor básica, pero repito, no la entiendo como un fin en sí mismo (como hacen, por ejemplo, los particularistas históricos o más recientemente los seleccionistas, cuya tarea fundamental es ubicarlos en sistemáticas de tiempo-espacio y/o tratar de elucidar las causas para los cambios de frecuencias de atributos, tipos o artefactos). Tampoco me veo como alguien que estudia objetos por su valor cultural o estético, ni como alguien cuya labor fundamental sea conservar y exhibir objetos. Me agrada el arte prehispánico, como otras formas de arte también me agradan, y disfruto (sería falso negarlo) cuando la casualidad revela algún objeto más o menos completo, más o menos atractivo. Pero en cuanto a mi trabajo, me interesa más la información que proporcionan los objetos (todos los objetos: artefactos, ecofactos y rasgos) que la cerámica o la lítica en sí mismas, pues no poseen un rango ontológico privilegiado por su abundancia, preservación, plasticidad, o cualquier otra condición o atributo. Los que alegan que trabajan con cerámica o lítica porque es lo único o lo que mejor se conserva podrían tener una comprensión rudimentaria del registro arqueológico y de los procesos de formación de los yacimientos. No hay nada de malo en confesar que se tienen limitaciones de tiempo, dinero o conocimientos (todos los tenemos): es parte normal de la vida profesional. En cambio, argumentar que no se estudian

2 Sabines, Jaime: Los amorosos (1950). En Sabines, Jaime. 1998. *Antología Poética*, pp. 46. Mexico, FCE.

otros aspectos del registro arqueológico porque no existen o están pobremente preservados es algo que hay que documentar y probar: no basta afirmarlo.

Cambio Sociocultural

Al contrario de mi poco interés en los artefactos, declaro mi interés entusiasta por el estudio del cambio sociocultural. Antes de que decidan pasar a otro artículo que les parezca menos conservador, permítanme afirmar que no creo en teleologías, es decir, no creo que el cambio sociocultural siga un camino predeterminado o tenga una finalidad específica. Por tanto, la perspectiva multilínea me parece más interesante y productiva que la unilínea, y las convergencias y divergencias evolutivas me parecen igualmente importantes. Es inevitable pensar a partir de los modelos y analogías que tenemos, pues debemos comenzar a representar el pasado de alguna manera, pero no podemos limitarnos a constatar los modelos que tenemos, pues esto sería tan trivial como concebir el pasado como un álbum de cromos, estampas o barajitas, como decimos los venezolanos. Para los particularistas históricos, las páginas del álbum (usualmente llamado Venezuela o cualquier otro estado nacional) se llaman Series o Tradiciones, y cada estilo o fase es una barajita más. Para los evolucionistas unilíneas, su álbum (llamado Mundo o Registro Arqueológico) sólo tiene cuatro páginas (Banda-Tribu-Cacicazgo-Estado) y las barajitas son los distintos casos (Fases, Culturas, Componentes, etc.), que pueden tener distintas formas y colores, pero son claramente identificables y clasificables dentro de cualquiera de sus páginas. Otros álbumes tienen páginas llamadas Formaciones Sociales (de Cazadores y Recolectores, Tribal, Cacical, etc.), pero en el fondo no son más que variedades del álbum Evolucionista Unilínea. Otros más piensan que el pasado sólo está compuesto de barajitas sueltas, y que no vale la pena o que es imposible tratar de leerlo en forma ordenada. Me parece que es importante concebir algún orden o clasificación para comprender el pasado, pero limitarse a constatar un orden preestablecido, en vez de someterlo a prueba, es estéril. Todavía muchos arqueólogos³ abogan por una visión estrecha del pasado, donde unas pocas causas, tipos o temas básicos permiten explicar toda la variabilidad de las sociedades antiguas, llegando incluso a negar la existencia de dicha variabilidad como un problema válido de estudio. Es importante investigar la variabilidad del pasado, pues es la materia prima de donde el cambio histórico pudo seleccionar y la evolución humana continuar. Podrían existir muchas etapas y modelos para el cambio social, relacionados con los distintos caminos que conducen a la complejidad social (Binford 1988: 248). No obstante, la variación del pasado no es infinita, porque el registro arqueológico sugiere con fuerza que hay formas de organización social y trayectorias históricas que muestran muchas similitudes y convergencias evolutivas. Además, hay un número finito de ambientes naturales y

3 En este trabajo, arqueólogos en plural es neutro en cuanto a género: de otro modo, se requerirá decir constantemente “arqueólogas y arqueólogos”, “arqueólog@s”, y otras soluciones que son políticamente correctas, pero que también estorban la lectura.

continentes. La prehistoria del continente americano demuestra que la evolución social pudo ocurrir de manera similar e independiente de la del Viejo Mundo, pero la prehistoria del continente australiano indica también que la evolución social pudo tomar caminos completamente distintos. Así que ambas, convergencias y divergencias son igualmente importantes. El álbum que me interesa más se llama cambio sociocultural. No estoy muy seguro de cuantas páginas tiene o cómo están ordenadas. Ni siquiera sé muy bien qué es lo que debería verse en él, pero estoy seguro de que es mucho más grande y diverso de lo que nos han contado. No es trivial leerlo: la posibilidad de pasados múltiples y complejos es subversiva, porque abre la posibilidad de futuros igualmente múltiples y complejos.

Ciencia y cientificismo

Disculparán Uds. la definición de diccionario, pero entiendo por método científico (o mejor métodos científicos, así en plural) los procedimientos que permiten plantear problemas y poner a prueba las respuestas tentativas (hipótesis) para responder dichos problemas (Bunge, 1993: 26-27). Entiendo por ciencia toda disciplina que aplique un (véase bien, *un*, no *EL*) método científico para la resolución de problemas de investigación. Entiendo que estos procedimientos puede ser variables, pero en lo posible no dependen de posiciones personales, son replicables y pueden estar sujetos a verificación independiente por parte de otros científicos. Ya comienzan a sonreír los relativistas epistemológicos mientras yo rompo en sudores nerviosos. Trataré de continuar por la oscura senda. Lo primero para continuar es no confundir la ciencia o los métodos científicos con el cientificismo. El cientificismo, en sentido epistemológico, es simplemente la idea de que existe sólo un método científico (Bell, 1994; 3). Pero no es sólo una posición frente a la teoría del conocimiento. Como explica Todorov, el cientificismo es, además

“...una hipótesis sobre la estructura del mundo: éste es por completo coherente. En consecuencia, el mundo es como transparente, puede ser conocido completamente por la razón humana. La tarea de este conocimiento se confía a una práctica aplicada llamada la ciencia. Ninguna parcela del mundo, material o espiritual, animada o inanimada, puede escapar al imperio de la ciencia.” (Todorov, 2002: 32).

El cientificismo no es la ciencia, ya que no tenemos manera de someter a prueba la hipótesis de partida, es decir, la transparencia de lo real. Aquí, la propia ciencia (un método) se vuelve contra el cientificismo (una posición sobre la realidad y sobre la sociedad). El cientificismo actúa a partir de su confianza en el carácter de lo real, no de la constatación de lo real como totalmente inteligible, dado que lo real es histórico y posee propiedades emergentes. Esto incluye, por supuesto, a los seres humanos. Dado que los humanos somos seres históricos, toda antropología (y por supuesto, toda arqueología) es inacabada e inacabable. Como los sistemas humanos son complejos y abiertos, no tiene mayor sentido hablar

de *naturaleza* humana sino, como explica Hannah Arendt, de *condición* humana, histórica y cambiante por definición, (Arendt 2002). Hablar de condición humana no excluye la naturaleza, sino incluye diferentes aspectos del mundo: la *physis* (lo autogenerado, lo que puede ser explicado en ausencia de los seres humanos) y el *logos* (lo que no puede ser explicado sin referirnos a los seres humanos). Como es sabido, el modelo decimonónico y positivista que exigía a las ciencias sociales tomar como modelo las ciencias físico-naturales como garantía de rigor lógico ha sido cuestionado. También dentro de las llamadas ciencias naturales se reconoce en la actualidad una división conceptual con base en el carácter histórico de disciplinas como la biología y la geología. Uno de los avances mas importantes en las ciencias contemporáneas es el reconocimiento del carácter histórico de la naturaleza, lo que condiciona tanto su estructura presente como su futuro (Bowler, 1998: 5). En lo que nos concierne como arqueólogos, desde la aparición de los seres humanos modernos, en el sentido biológico del término, hace unos 200000 años, y especialmente a partir de la transición Pleistoceno-Holoceno, lo social y lo natural son aspectos indivisibles de la realidad. Sabemos que al menos desde el Holoceno no existen paisajes que no hayan sido afectados (en menor o mayor medida) por los seres humanos. Por tanto, no tiene sentido estudiar arqueología, antropología, biología o geología ignorando las otras disciplinas con contenidos procesuales o históricos sobre la realidad. La discusión no es tan nueva como parece. En La Ideología Alemana, Marx y Engels plantean que:

Sólo conocemos una única ciencia, la ciencia de la historia. La historia sólo puede ser considerada desde dos aspectos, dividiéndola en historia de la naturaleza e historia de la humanidad. Sin embargo, no hay que dividir estos dos aspectos: mientras existan hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan recíprocamente... casi toda la ideología se reduce a una versión tergiversada de esta historia o a una abstracción de ella... Mi relación con mi ambiente es mi conciencia (Marx y Engels, 1973: 676).

De la misma forma, la tendencia actual de las ciencias sociales es hacia la integración entre las diferentes disciplinas con contenido histórico. Decía Lucien Goldmann que todo hecho social es un hecho histórico, por tal motivo, las ciencias sociales estudian los mismos fenómenos. Cualquiera de ellas capta aspectos parciales de lo real que necesitan ser complementadas por los aportes de las otras ciencias (Goldmann, 1972: 9). No es malo que existan disciplinas, pero tampoco es malo que se creen alianzas entre ellas. En lo que a mi respecta, me he beneficiado de una formación básica en antropología, sociología, historia y filosofía (tal como se dictaba en la antigua Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, y tal como se puede tomar, si así se decide, en la Universidad de Pittsburgh, en los Estados Unidos), pero ha sido también útil aplicar todo esto a problemas específicos, en mi caso, la evolución sociocultural y los orígenes de la desigualdad social en las tierras bajas de Venezuela. En otras palabras, esta formación ecléctica pero orientada a fines me ha obligado a ir más allá de la playa de la disciplina pero sin perderme en

el continente de las ciencias sociales. Más importante que eso, que tal vez sólo expresa mi desorden y falta de concentración, los antropólogos que más respeto y de los que más he aprendido son los que han estudiado cosas distintas a lo largo de su carrera, en particular aquellos que tienen formación en ciencias naturales y en ciencias sociales. Encuentro que estas personas están mucho más interesadas en lo que hacen y en encontrar y desarrollar problemas que merezcan atención analítica que en tratar de defender posiciones teóricas o fronteras disciplinarias. Las personas que dicen “yo soy” en vez de “yo hago” por lo general me aburren, porque hablan más desde la autoridad de sus títulos que desde la originalidad de sus ideas.

Dilemas

Por todo lo anterior, para comprender la arqueología general y la de Venezuela, he tratado de adoptar una perspectiva media: ni completamente evolucionista ni absolutamente particularista. Esta media es un intento de tratar de escapar del llamado Dilema de DeBoer y Lathrap, esto es, tener que escoger entre una práctica arqueológica significativa pero que utiliza un método deficiente (conocer la conducta social del pasado con base en los modelos limitados del presente), y otra que es metodológicamente rigurosa pero trivial en su propósito (limitarnos a analizar la forma y distribución de los residuos de la conducta social) (DeBoer and Lathrap 1979: 103). Obviamente, existen otros dilemas en la profesión, algunos falsos. Por ejemplo, es necesaria la producción de conocimiento científico que atienda a los problemas propios del país, pues esto garantiza su importancia y visibilidad social, y que tenga también la mirada puesta en la comunidad científica internacional, pues eso garantiza su calidad. Pero es miope toda arqueología limitada o condicionada por las fronteras nacionales o los problemas políticos de la actualidad, de la misma forma es irrelevante toda arqueología que no tome en cuenta los problemas relativos a la identidad y a la historia de los grupos sociales y étnicos del presente. En la actualidad, pareciera que muchos se sienten obligados a escoger entre calidad y relevancia, cuando tal vez deberíamos pensar en aunar calidad y relevancia.

Humanismo (y Ciencia)

Como es de todos conocido, el humanismo propone que todas las personas tienen los mismos derechos y merecen igual respeto, aunque sus modos de vida sean distintos. El humanismo es lo contrario del cientificismo: critica la universalidad de la razón (la idea de que las explicaciones o perspectivas de la ciencia son más importantes que las personas). En vez de universalidad de la razón, se propone la universalidad de la humanidad (Todorov, 2002:36). Pero no es un método para acceder mejor al conocimiento, o para acceder a otros tipos de conocimiento. No es una crítica a la ciencia, sino al cientificismo, una posición que no es epistemológica sino política. Hay que insistir en que “ciencia” y “conocimiento científico” significan únicamente métodos reconocibles para la

detección de problemas y el diseño de estrategias lógicas para tratar de resolverlos en un campo del saber. Dicho conocimiento es verificable (es decir que puede ser puesto a prueba por otros) y falible (puede ser mejorado o incluso negado por nuevos conocimientos). A veces he encontrado que algunos colegas, pocos a decir verdad, piensan que su experiencia, ideas políticas, o prestigio personal les ahorra ser evaluados con estos estándares. Otros piensan que éstos son como frenos o limitantes a la imaginación creadora, con la que no tengo ningún problema, excepto cuando la tratan de hacer pasar por conocimiento científico. Existen diversas estrategias para desautorizar el trabajo ajeno y validar el propio. Una es decir que lo que hace el otro es carente de imaginación, tiene una perspectiva metodológica limitada o supuestamente superada (*positivista y/o funcionalista* son insultos corrientes, aunque *marxista* o inclusive *postmodernista* también son muy usados en algunos círculos académicos) o es políticamente incorrecta. La otra, que a veces hasta la enuncian a continuación, es que el argumento propio es más “científico” que el del contrario. Uno no pide que se definan necesariamente como científicos o no, pero si sería saludable que mostraran mayor consistencia, adoptando una posición u otra (Flannery, 2006: 10). Con cierta frecuencia, esta falta de lógica se intenta hacer pasar por una postura “humanista”. Humanismo a veces quiere decir “deseo que mis opiniones pasen por conocimiento sin necesidad de ser cuestionadas de ninguna forma, y menos por la aplicación del método científico.” Rechazo la idea de que el humanismo sea un burladero para evadir el método científico. Muchos de los pensadores sociales más importantes de todos los tiempos (Marx, Weber, Luxemburgo, Frank, Wallerstein, sólo por nombrar a quienes vienen inmediatamente a mi memoria) han sido científicos y humanistas. Por esto, acepto plenamente la definición de Eric Wolf, quien plantea que la antropología es “...la más científica de las humanidades, y la más humanista de las ciencias.” Es decir que, por su carácter multidisciplinario, y por su tipo de problema –entender en el sentido más amplio posible que es ser humano- la antropología sirve de puente o enlace entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales (Wolf, 2001: 11). Ingenuo tal vez como suena, este programa es mucho mas poderoso que los abogan por un solo lado de la ecuación: ciencia o humanidades. Por cierto, me parece un sinsentido tener que decidir si la arqueología es una rama de la antropología o de la historia: la adhesión a la antropología y/o a la historia depende del problema que se intenta resolver y de la perspectiva que se adopta, no de la adhesión a priori a una disciplina por ser esta mas o menos “científica” o humanística.

Filosofía

Pero, ¿es necesario discutir filosofía aquí? ¿Por qué? Desde hace un tiempo me he dedicado a tratar de entender como pensamos el pasado en Venezuela. Muchas veces no sabemos cuáles son los presupuestos, fuerzas y conceptos detrás de la creación del pasado. Por otra parte, pareciera hasta irresponsable ocuparse del pasado, dadas las urgencias del presente. No obstante, dado que la identidad se nutre del pasado, deberíamos saber cómo lo imaginamos, y cuáles son las consecuencias de la creación de esas imágenes. También deberíamos

saber algo sobre la relación entre nuestras imágenes y lo que pasó. Aceptaremos que el pasado es una construcción discursiva del presente, pero no es sólo una proyección imaginaria del presente hacia atrás: aunque el pasado ya no existe, sus efectos continúan con nosotros (Eagleton 1988). En consecuencia, no es dable reducir la realidad a discurso, ni el pasado algo que podamos manipular a conveniencia. En un país donde aún no sabemos qué hacer con el pasado, en donde los fundamentos de la venezolanidad recién empiezan en la Colonia o en la Independencia, en donde se proponen Estados primitivos, o por el contrario, dudamos que la evolución social ocurrió parece necesario el esfuerzo. Pensar en cosas como estas conlleva ciertos peligros, ya que la arqueología es una actividad de campo y laboratorio, y muchos argumentan que estos asuntos distraen de lo que debería ser nuestra ocupación principal, la generación de conocimiento nuevo a partir del trabajo de campo. Robert Drennan (quien fue mi tutor, por mas señas), indica que lo último que necesitamos en la profesión es otro aficionado a la filosofía (Drennan, 1992: 53-54). Tal vez esto es cierto, en el sentido que él mismo argumenta, es decir, tratar con valores o con la búsqueda de verdades absolutas. Pero no estoy interesado (mejor dicho, no estoy capacitado) para discutir sobre el Ser o sobre los valores. Deseo explorar un poco que es conocer en arqueología, y en particular como concebimos y conocemos el pasado en Venezuela. Dado que la filosofía tiene que ver, entre otras cosas, con la generación de conceptos y categorías (algunos piensan que la filosofía *es* sobre todo, la creación y discusión de conceptos y categorías), estamos implicados en una discusión filosófica. Es cierto que la filosofía está mal vista en muchos círculos científicos. No obstante, también es cierto que

los científicos creen librarse de la filosofía ignorándola o denigrándola. Pero puesto que sin pensamiento no pueden avanzar y para pensar necesitan pautas de pensamiento, toman estas categorías, sin darse cuenta, del sentido común de las llamadas personas cultas, dominado por los residuos de una filosofía ampliamente superada, o de ese poco de filosofía que aprendieron en la universidad, o de la lectura acrítica y asistemática de escritos filosóficos de todas clases, por lo que no sólo son unos esclavos de la filosofía, sino que muchas veces son de la peor; y los que más denigran de la filosofía son esclavos precisamente de los peores residuos vulgarizados de la peor filosofía (Engels, *Dialéctica de la Naturaleza*, citado por García-Carpintero 1996).

En un país como Venezuela, en donde la destrucción de la memoria histórica se acelera, y en donde hemos reflexionado tanto sobre la arqueología en vez de hacer arqueología, hacer filosofía parece estar de más. Pero es que no podemos hacer sin reflexionar, ya que la urgencia hace que lo preliminar se consolide y pase por establecido. En consecuencia, las que pueden ser hipótesis o ideas interesantes se vuelven verdades incontestables por el prestigio de quien las expresa, o por su capacidad de difusión, o en la medida en que llenan prejuicios o expectativas psicológicas o políticas. De este dilema (el imperativo de hacer y también de reflexionar sobre lo que hacemos) surge la necesidad de enfatizar una perspectiva arqueológica que haga énfasis en el uso del método científico, ya que es necesario generar conocimiento confiable sobre el pasado, y

sólo podremos tener confianza en nuestras ideas, conceptos y categorías sobre el pasado en la medida en que las sometamos a prueba en campo y laboratorio. Hay demasiadas cosas que se afirman sobre el pasado que pasan sin ser examinadas.

Patrimonio (y gestión patrimonial)

Debo decir que mi experiencia en este campo no ha sido muy positiva. Los tiempos administrativos y políticos no suelen coincidir con los tiempos científicos. La racionalidad gerencial quiere resultados, recomendaciones, costos, mientras que la científica necesita más tiempo, plantea nuevos problemas y nuevos gastos. En este tiempo, en el que todo es mercancía, la paciencia del investigador y su afán por someter a prueba lo afirmado crea conflictos con el gerente y el político: simplemente sus necesidades y expectativas son diferentes. No creo mucho en programas de “arqueología de rescate” que no estén orientados por problemas de investigación, ya que no hay manera de seleccionar entre todos los posibles datos que se encuentran en el campo si no tenemos un problema (científico, se entiende) que nos sirva de guía. Por lo general nuestros Estados nacionales, responsables por la cosa pública, aún no cuentan con el conocimiento suficiente (o no saben donde buscarlo ni como utilizarlo) para la gestión patrimonial. Además, existen confusiones sobre lo que se considera patrimonio y cómo generar más conciencia de su valor. Entonces, por bien intencionados que sean los programas de rescate patrimonial, estos suelen mostrar severas deficiencias. Para corregir esta situación es necesario, o mejor dicho, es imprescindible, integrar la investigación científica como parte de los proyectos de conservación, valoración y puesta en uso del patrimonio (Ballart y Juan, 2001: 166). Entiendo bien que tratar de hacer algo es mejor que no hacer nada. Pero, al menos en Venezuela, una y otra vez se llevan a cabo proyectos de alto costo y pobres resultados, en los que pareciera que sólo se cumple un requisito legal, sin interés real en el rescate de la memoria histórica o en la vida de las personas que dichos proyectos dicen proteger. Esta situación, por cierto, no es exclusiva del país, sino que parece una condición generalizada y sin signo político particular:

Vivimos en una sociedad con una conducta moral a menudo poco edificante cuando no miserablemente laxa. El desconcierto moral impregna las relaciones sociales tanto en las sociedades de democráticamente maduras como en las que la democracia política aún es una aspiración no plenamente alcanzada. La conciencia patrimonial resulta inconsecuente si no lleva aparejada una conciencia ética y una preocupación por educar en la ética a través de la conservación, valorización y uso del patrimonio cultural y nacional. (Ballart y Juan, 2001: 115).

La conclusión es sencilla: no sólo es posible establecer una relación entre la teoría, la arqueología de rescate y la gestión patrimonial, sino que esta relación es indispensable: de otra manera seguirán siendo lo que han sido hasta ahora: planillas donde se “justifican” presupuestos, y colecciones muertas o pobremente

documentadas, casi inútiles para cualquier uso futuro, o perdidas por falta de seguimiento y dineros para curaduría.

Relativismo

Tenemos ahora posiciones mucho más críticas a la idea de la unidad, la objetividad y la veracidad de las ciencias (¿Ciencia por quién? ¿Desde que punto de vista? ¿Con qué objeto?). Ahora es común decir que estas críticas surgieron de la llamada condición postmoderna, una situación o condición que acepto sólo parcialmente como causante de este estado de cosas, ya que también la crítica y revisión interna de la ciencia más tradicional han surgido muchas ideas nuevas. Necesitamos estas ideas nuevas para avanzar nuestro conocimiento, y la perspectiva postmoderna ha aportado muchas. Pero no por ello compro todas las ideas que pasan por nuevas o por postmodernas. La condición o perspectiva postmoderna parece una bendición mixta: por un lado, ha ampliado considerablemente los horizontes y objetivos de la arqueología. Por el otro, tengo la impresión de que muchos que dicen ser postmodernistas no toleran del mismo modo todos los distintos puntos de vista en torno a los problemas del pasado. Siento, al menos desde Venezuela, que la creciente influencia de la perspectiva postmoderna (o lo que pasa por ella) y sus objetos, el cuerpo (sexo), el lenguaje (texto), y el objeto (mercancía), propone desplazar y relegar a un segundo plano otras posiciones teóricas y problemas de investigación, a los que se niega su validez, o incluso su misma existencia. Esta situación es preocupante, ya que la producción de conocimiento científico no es un asunto de novedad o popularidad, sino de hallar respuestas a temas y problemas básicos que podrán ser tradicionales, incluso podrán haber perdido parte de su vigencia, *pero no han sido completamente resueltos*. Con esto no niego que los nuevos intereses en arqueología sean importantes. Son tremendamente importantes y válidos. Sería absurdo condenar *in toto* el postmodernismo, que termina siendo, como el marxismo, un nombre-paraguas muy grande donde caben muchas cosas, dependiendo de los gustos o de las antipatías personales. Si algo ha hecho el postmodernismo ha sido curarnos, a unos más que a otros, de nuestra ingenuidad personal y política. Esto, aunado a agendas como la teoría feminista y la postcolonial son, o deberían ser, poderosos antídotos contra posiciones hegemónicas en la ciencia y/o en la política. Pero el postmodernismo, o con más propiedad, el postmodernismo *radical* parece proponerse a sí mismo como una nueva hegemonía, ya que uno de sus postulados, el relativismo, rechaza toda posibilidad de existencia de nociones como método, verdad y objetividad, y denuncia como “asimetrías de poder” y “perspectiva Occidental” intentar usar métodos científicos para crear y someter a prueba nuestras ideas sobre el pasado. La actitud de tolerancia frente a otras culturas o formas de conocer no parece extenderse a otras posiciones teóricas. El escepticismo extremo del postmodernismo radical me parece infantil, una forma de inmadurez intelectual, porque exige una certeza absoluta acerca de la naturaleza del conocimiento. Esto, lejos de ser una actitud científica, se acerca al dogmatismo y a la fe autoritaria. Por el contrario, el conocimiento científico no se nutre de la certeza, sino de la duda. Confundir los métodos científicos con el uso

político de la ciencia es un grueso error, y no hace sino condenar a la ignorancia de la ciencia a quienes más la necesitan. Por el contrario, quienes conocen el inmenso poderío de la ciencia se complacen en ver nuestros juegos de palabras y nuestro abandono de la perspectiva científica.

Reflexiones

No todos estarán de acuerdo con estas ideas. Algunos considerarán que esta es una perspectiva anticuada y que hay otros problemas más importantes, por lo cual preferirán volver la espalda para estudiar la variabilidad cultural, o el uso político del pasado, u otros muchos problemas. Esto me hace sentir a veces un poco de nostalgia por el período moderno de la arqueología venezolana, cuando existían dos posiciones básicas, la arqueología social y el particularismo histórico (más bien un nombre general que cubría todas las otras opciones que no eran “materialistas” según los arqueólogos sociales) que de alguna manera dialogaban y debatían. Es cierto que el diálogo, con alguna frecuencia, era subido de tono, pero al menos existía, como existían asociaciones y boletines de arqueología. Ahora, tengo la impresión de que el diálogo ha desaparecido (como desaparecieron las asociaciones y los boletines), y que el nivel de debate entre los colegas venezolanos es muy pequeño o nulo, porque no encuentran nada que decirse unos a otros, y porque existe una mayor tendencia a ignorar las posiciones ajenas. Esto es un obstáculo para hacer avanzar la profesión en nuestro país, razón por la cual es necesario volver a conversar entre nosotros. Esto tal vez no implique buscar nuevos consensos, o una arqueología unificada (como quizá deseamos hace años), sino crear el ambiente para la convivencia entre diferentes posiciones teóricas, en donde podamos discutir sobre el pasado sin descalificarnos de antemano destacando lo incomensurable de nuestras posiciones (ya que así no podemos compartir ideas) o destacando lo incompatible de nuestras posiciones políticas (que apelan a la superioridad moral y/o a la posición académica). Frente a la inmensa tarea de estudiar el pasado de Venezuela, al menos yo me siento como un ratón muy pequeño tratando de comer un queso muy grande: tiene el deseo, la voluntad, y quizá hasta las herramientas necesarias, pero no puede hacerlo sólo.

Lo anterior también se relaciona con la enseñanza de la arqueología en nuestro país. Todos los arqueólogos pertenecientes a distintas posiciones teóricas probablemente convendrán en que es necesaria una formación amplia en ciencias sociales y en las distintas posiciones teóricas de la arqueología. Probablemente sentirán que esto actuará en obsequio de presentar y justificar mejor su propia posición teórica. Creo que una perspectiva comparativa permitirá ilustrar mejor las ventajas, y también de las desventajas de la posición asumida, si uno no es demasiado dogmático. Como señala Ansart para las ciencias sociales y Bell para el caso específico de la arqueología, las diferentes posiciones teóricas existen no por moda, o por una comprensión pobre de los datos, que aparecen de la misma forma a todos los observadores, sino porque tienen concepciones diferentes de los sistemas de construcción y análisis de los objetos de investigación (Ansart, 1992; Bell, 1994). Pero con mucha frecuencia los cursos de “teoría y método” se limitan a las agendas de trabajo de sus profesores, sin comparar otras agendas,

o presentándolas de forma negativa, que no invita al examen de los sus autores, propuestas o problemas. Esto sólo produce discípulos y ayudantes, no produce colegas ni profesionales independientes. Necesitamos producir no sólo nuevos conocimientos, sino también nuevos profesionales que mejoren lo que hemos hecho hasta ahora.

Aquí termina esta Enciclopedia Mínima. Tal vez en un futuro le agregue otras entradas y mejore o aumente las pocas que ya están hechas. No espero que todos estén de acuerdo con ella, o la tomen como referencia, ya que es una enciclopedia personal. Por eso, no pretendo para nada fiscalizar lo que otros digan, o decir que yo hago o pienso mejor que otros. Cada quien debe hacer su propia imagen de la profesión, y para ello deberá estudiar, graduarse, trabajar, y publicar. Para hacer todas esas cosas, quizá pueda ser interesante consultar de vez en cuando una que otra enciclopedia.

Referencias

- Ansart, Pierre. 1992. *Las sociologías contemporáneas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Arendt, Hanna. 2002. *La Condición Humana*. Barcelona, Paidós.
- Ballart Hernández, Josep y Jordi Juan i Treserras. 2001. *Gestión del patrimonio cultural*. Barcelona, Ariel.
- Bell, James. 1994. *Reconstructing Prehistory. Scientific Method in Archaeology*. Philadelphia, Temple University Press.
- Binford, Lewis. 1988. *En Busca del Pasado*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Bowler, Peter J. 1998. *Historia Fontana de las Ciencias Ambientales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bunge, Mario. 1993. *La investigación científica*. Barcelona, Ariel.
- DeBoer, Warren and Donald Lathrap. 1979. The making and breaking of Shipibo-Conibo ceramics. En Kramer, Carol (ed.): *Ethnoarchaeology: implications of ethnography for archaeology*, pp. 102-138. New York, Columbia University Press.
- Drennan, Robert. 1992. What is the Archaeology of Chiefdoms About? En Ember L. (ed.): *Metaarchaeology: Reflections by Archaeologists and Philosophers*, pp. 235-256. Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- Eagleton, Terry. 1988. *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*. Madrid, Cátedra.
- Flannery, Kent V. 2006. On the Resilience of Anthropological Archaeology. *Annual Review of Anthropology* 35: 1-13.
- García-Carpintero, Manuel. 1996. *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*. Madrid, Ariel.
- Goldmann, Lucien. 1972. *Las ciencias sociales y la filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Marx, Carlos y Federico Engels. 1973. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos.
- Todorov, Tzvetan. 2002. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona, Península.
- Wolf, Eric. 2001. *Pathways of Power. Building an anthropology of the modern world*. Berkeley and Los Angeles. University of California Press.